

# El rechazo del olvido

JULIO CORTÁZAR

## ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]  
Voces plurales para pensar la  
democracia argentina (1983–2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral  
Universidad Nacional del Litoral, Argentina  
ISSNe: 2250-6950  
estudiossociales@unl.edu.ar

Esta obra está bajo una Licencia Creative  
Commons Atribución- NoComercial-  
CompartirIgual 4.0 Internacional.



Todos los que están aquí reunidos admitirán conmigo que, cada vez que tomamos contacto con el problema de los desaparecidos en Argentina o en otros países latinoamericanos, a partir de testimonios personales o documentos, el sentimiento que se manifiesta inmediatamente es el de lo diabólico. Sin dudas vivimos en una época en la que referirse al diablo parece cada vez más inocente o más descabellado; sin embargo, es imposible afrontar la realidad de las desapariciones sin que algo en nosotros mismos perciba la presencia de un elemento infrahumano, de una fuerza que parece venir de las profundidades de esos abismos donde, inevitablemente, la imaginación acaba por situar a todos los que han desaparecido.

Si bien las cosas parecen relativamente explicables en superficie, los objetivos, los métodos y las consecuencias de las desapariciones, queda, a pesar de todo, un trasfondo irreductible a toda razón, a toda justificación humana y es allí donde interviene el sentimiento de lo diabólico, como si por un momento fuéramos llevados a creencias medievales del bien y del mal, como si, a pesar de todas nuestras defensas intelectuales, lo demoníaco estuviera de nuevo acá, presente, para decirnos: «Ves, yo existo: vos sos la prueba».

Pero en este caso, lamentablemente, lo diabólico es humano, demasiado humano: aquellos que han orquestado

una técnica para aplicarlo, más allá de los casos aislados y hacerlo una práctica cuyas cifras publicadas luego de una reciente investigación de la oea ilustran el carácter sistemático, estos saben perfectamente que ese proceso presenta una doble ventaja para ellos: eliminar un adversario real o potencial (sin hablar de los que ni siquiera lo son pero caen en la trampa por efecto del azar, la brutalidad o el sadismo) y al mismo tiempo, por la más monstruosa de las cirugías, trasplantar en aquellos que deben vivir las desapariciones de seres queridos, la doble presencia del miedo y la esperanza.

Por un lado, se suprime un antagonista virtual o real y por el otro se crean las condiciones para que los padres o los amigos de las víctimas se sientan obligados, en muchos casos, a guardar silencio como única posibilidad de salvaguardar la vida de aquellos que su corazón se niega a admitir que están muertos. Si hacemos una estimación, que parece estar muy por debajo de la realidad, de entre ocho y diez mil desaparecidos en Argentina, es fácil imaginar la cantidad de personas que todavía guardan la esperanza de encontrarlos con vida.

El chantaje moral que significa para estos últimos, chantaje que con frecuencia se vuelve pura y simple estafa cuando se les promete hacer investigaciones positivas a cambio de dinero, es la prolongación abominable de un estado de cosas donde nada está definido, donde las promesas y las palabras dichas a medias multiplican hasta el infinito un panorama cotidiano lleno de siluetas crepusculares que nadie tiene la fuerza de enterrar definitivamente.

Muchos de nosotros han recibido testimonios insoportables de este estado de cosas que pueden incluso llegar a niveles de mensajes indirectos, llamadas telefónicas donde se cree reconocer una voz amada que solo pronuncia algunas palabras, únicamente para pensar que esta está todavía de este lado, cuando los que escuchan deben callar las

preguntas más elementales por temor a que estas perjudiquen al supuesto prisionero. Un diálogo real o inventado entre el infierno y la tierra es el único alimento de esa esperanza que no quiere admitir lo que tantas evidencias negativas le aportan desde hace meses, desde hace años.

Si bien es cierto que toda muerte humana trae aparejada una irrevocable ausencia, ¿qué decir de esta ausencia que se sigue imponiendo como una presencia abstracta, como la obstinada negación de la ausencia final?

Faltaba este círculo en el infierno dantesco; y los supuestos gobernantes de mi país, entre otros, se han encargado de la tarea siniestra de crearlo y poblarlo.

De esa población fantasmal, a la vez tan próxima y tan lejana, se trata en esta reunión.

Más allá y por debajo de las consideraciones jurídicas y las investigaciones de normas de derecho interno e internacional, es de este pueblo de sombras del que hablamos.

En esta hora de estudio y reflexión, destinada a crear instrumentos más eficaces para defender la libertad y los derechos pisoteados por los dictadores, la presencia invisible de miles de desaparecidos precede, supera y continúa todo el trabajo intelectual que podríamos llevar adelante en esta reunión. Aquí, en esta sala donde no están, donde son evocados como tema de trabajo, debemos sentirlos presentes y próximos, sentados entre nosotros, observándonos, hablándonos. El solo hecho de que se encuentran entre los participantes y el público tantos familiares y amigos de desaparecidos hace todavía más perceptible esta innumerable multitud reunida como testimonio silencioso, una implacable acusación.

Pero están también las voces vivas de los supervivientes y los testigos: todos los que han leído los informes como los de la comisión de Derechos humanos de la OEA que conservan en su memoria, grabados en letras de fuego, los casos

presentados como típicos, ejemplos aislados de una exterminación que ni siquiera quieren nombrar y miles de otros casos menos documentados, pero igual de monstruosos.

De este modo, por tomar solo algunos casos aislados, ¿quién olvida la desaparición de la pequeña Clara Anahí Mariani, entre tantos otros niños y adolescentes que vivían fuera de la historia y la política, sin la menor responsabilidad frente a los que justifican hoy razones de orden y soberanía nacional para justificar sus crímenes?

Quién puede olvidar la suerte de Silvia Corazza de Sánchez, la joven obrera cuya pequeña nació en prisión y fue llevada meses más tarde a su abuela antes de desaparecer definitivamente. Quién puede olvidar el alucinante testimonio del campo militar «La Perla» escrito por una sobreviviente, Graciela Susana Guena, y publicado por la comisión argentina de Derechos Humanos.

Cito al azar algunos recuerdos, imágenes aisladas de algunas piedras de este interminable cementerio de enterrados vivos.

Pero cada nombre vale por cien, por miles de casos parecidos que se distinguen solamente por el grado de crueldad y sadismo de esta monstruosa voluntad de exterminar que nada tiene que ver con la lucha abierta, que solo se alimenta de la fuerza bruta, el anonimato y las peores tendencias del hombre que llega a sentir placer al torturar y ultrajar a otros seres sin defensa.

Si hay algo que me avergüenza de este fratricidio realizado en el más profundo de los secretos para ser cínicamente negado después, es que los responsables y ejecutores son argentinos, uruguayos o chilenos. Antes y después de haber cumplido semejante trabajo sucio, son los mismos que reaparecen en la superficie y van a sentarse a los mismos cafés, a los mismos cines donde se reúnen hoy esos que mañana pueden ser sus víctimas.

Lo que digo, sin querer ser paradójico, son más felices los pueblos que han podido o pueden luchar contra el terror de una ocupación extranjera. Más felices, si, pues sus verdugos vienen de afuera, no hablan su idioma, obedecen a otra manera de vivir.

Cuando las desapariciones y las torturas son realizadas por hombres que hablan como nosotros, que tienen los mismos nombres y las mismas escuelas, que comparten nuestras costumbres y nuestros gestos, que vienen del mismo suelo y tienen la misma historia, se abre en nuestra conciencia y en nuestro corazón un abismo infinitamente más profundo que ninguna palabra puede expresarlo.

Pero justamente por eso, porque en este momento tocamos fondo como nunca jamás en nuestra historia, llena de sombrías etapas, esta es la razón por la que precisamente debemos asumir de frente y abiertamente esta realidad que muchos intentan hacer creer que ya se ha terminado.

Hay que mantener en un presente obstinado, con toda su sangre y su ignominia, lo que buscan hacer es entrar en el cómodo país del olvido. Hay que seguir considerando como vivos a los que quizá ya no lo están, pero tenemos la obligación de reclamarlos, uno por uno, hasta que aparezca finalmente la verdad que hoy se pretende eludir..

Por eso, este Coloquio, y todo lo que nosotros podamos hacer en el plano nacional e internacional, va mucho más allá de su finalidad inmediata. El ejemplo admirable de las madres de plaza de mayo aquí presentes se llama dignidad, libertad y, sobre todo, futuro.